

# La feria de los días

Como introducción a este número dedicado al psicoanálisis, hube de pensar en la traducción de algunas cartas de Freud inéditas, a lo que sé, en castellano. Presento, pues, las tres epístolas que siguen, dirigidas, respectivamente, a una corresponsal anónima; a Víctor Wittkowsky, escritor y amigo de Romain Rolland, y al novelista Thomas Mann. Los textos originales en alemán se encuentran reunidos, entre muchos otros, en la colección de cartas de Sigmund Freud que publicó en 1960, en Frankfurt, la editorial S. Fischer, volumen compilado por Ernst L. Freud.

El primero y segundo ejemplos se explican por sí mismos. Cabe sólo aclarar al margen de los renglones a Wittkowsky, que la obra a la que allí se alude es la primera parte de *Moisés y la religión monoteísta*, cuyo alegado "defecto" sería el excesivo atrevimiento de la crítica de la religión, que dicho libro representaba en el marco vienés de aquellos años. Su autor no deseaba proporcionar ningún arma que hiriese al pueblo judío más de lo que ya estaba herido; tampoco tenía empeño en hostilizar a la Iglesia Católica, que se acababa de declarar contra el nazismo. La edición completa del *Moisés*, apareció más tarde, en Londres, poco antes de que Freud muriese. Éste, de todas maneras, sí envió un tributo de amistad al homenaje a Rolland, con motivo de sus setenta años. Me refiero al ensayo titulado "Una pérdida de la memoria en la Acrópolis".

—J. G. T.

Viena XIX, Strassergasse 47, a 27 de junio de 1934.

Muy estimada señorita:

No se excluye el que un psicoanálisis redunde en la imposibilidad de proseguir una tarea de creación artística. De acontecer tal suspensión,

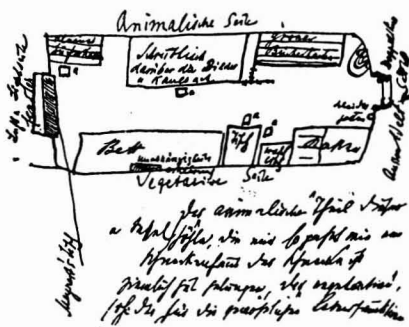
no será por culpa del análisis; en todo caso ella sobrevendría tarde o temprano. Y representa una ventaja el poder saber, con oportunidad, a qué atenerse. Pero si el impulso creador es más vigoroso que las resistencias interiores, el análisis sólo acrecentará la productividad, sin nunca disminuirla.

Con los mejores deseos,  
Freud.

Viena XIX, Strassergasse 47, a 6 de junio de 1935.

Querido Thomas Mann:

¡Reciba un cordial y afectuoso saludo en su sexagésimo cumpleaños! Soy uno de sus "más viejos" lectores



y admiradores; bien podría yo desearle una vida larga y venturosa, como acostumbra hacerse en estos casos. Pero me abstengo: semejantes votos resultan triviales, y me parecen un retroceso a las épocas en que dominaba la fe en la mágica omnipotencia del pensamiento. ¡Mi propia experiencia, asimismo, me descubre cuán bueno es el que un destino misericordioso limite a su debido tiempo la duración de nuestra vida!

Juzgo, además, indigno de imitación el afán de permitir que, en una ocasión festiva como la presente, el cariño supere al respeto, obligándose al objeto del homenaje a escuchar discursos en que se le ensalza como hombre y se le analiza y critica como artista. No quiero incurrir en tamaña petulancia. Pero voy a tomarme otra libertad: En nombre de innumerables contemporáneos he de expresarles nuestra confianza en que

jamás hará o dirá usted —las palabras del escritor son ya acciones— nada que implique cobardía ni hajeza, y en que ni siquiera en tiempos o condiciones capaces de ofuscar el juicio, dejará de tomar el camino recto, mostrándolo a los demás.

Suyo cordialmente,  
Freud.

(A Víctor Wittkowsky)

Viena LX, Berggasse 19, a 6 de enero de 1936.

Muy apreciado señor:

Algunos meses después de que nuestro respetado amigo Romain Rolland haya cumplido setenta años, yo habré alcanzado ochenta. He allí, por desgracia, la respuesta a su invitación. Daría con gusto, pero nada tengo que dar, y la confección de algo nuevo que satisfaga la demanda y la ocasión no es probable en esta etapa de la vida, al menos por lo que a mí se refiere. Hace un año logré todavía un trabajo que hubiera interesado a R. R., pero un defecto de aquella obra impidió su publicación, y desde entonces mi capacidad para producir se encuentra agotada. Tal vez sea demasiado tarde para que pueda retornar a la creación.

Si algo hay que me hace llevadero este desistimiento, ello es la condición que usted indica, en el sentido de que deberá uno abstenerse de toda alusión "a la política". Sujeto a esta restricción paralizadora, que inhibiría mis impulsos a elogiar en nuestro amigo el valor de sus convicciones, su amor a la verdad y su tolerancia, nada me sería posible hacer, aun cuando tuviera yo las fuerzas necesarias.

El 29 de enero enviaré a Rolland unas líneas a fin de hacerle presentes mis devotos pensamientos. Gracias a la carta de usted conozco ya la fecha.

Suyo afectísimo,  
Freud.